



Vista del Atrás del Cuartel. (Foto De Grandi).

DE aquella época recordamos veintiséis, incluyendo Villa Sara. Admitimos, sin embargo, que se nos pueda olvidar alguno. Y eso, dejando constancia de que con Atalivar Martínez y algunos otros enemigos de las calles desaparejas, supimos emparejarles las calles a cuatro o cinco de ellos por sábado. Los recordamos naturalmente, con los nombres de entonces, muchos de los cuales se están perdiendo o ya se perdieron.

Para clasificarlos, podrían seguirse varios criterios. El de su orientación: occidentales, orientales, nórdicos, meridionales, etc. El de su posición con referencia al centro: centrípetos y centrífugos. El de su grado de evolución: desarrollados y subdesarrollados, iluminados y oscuros, salubres e insalubres. El de su relación con las aguas epónimas: sumergibles y secos, hidrófugos e hidrófilos. El de la predominancia del material de sus techos, pisos y paredes: alegres, regulares, tristes y tristísimos. El del vestido, el calzado, la comida, la cara, la mirada... el trabajo y la remuneración de sus habitantes: protegidos y malditos, vergonzosos y vergonzantes.

Nosotros vamos a seguir un criterio muy particular de clasificación. Tal vez poco ajustado, técnicamente hablando; pero inteligible y práctico, treintaitresinamente hablando. Es el que los agrupa según la alusión genérica de sus nombres y de acuerdo con el cual los veintiséis barrios quedarían acomodados en estos cinco casilleros: 1º, *Los Honoríficos*: Artigas, España, Olano, Pedro María Cruz, Tanco, Veinticinco de

## RECUERDOS DE TREINTA Y TRES

Agosto y Villa Sara; 2º, *Los Obligados*: Al lado de la Vía, Cuartel, Estación, Hospital, Lavadero, Matadero, Plaza Colón, con el sub-grupo de *Los Necrológicos*: Cementerio y Cruz Alta; 3º, *Los de Atrás*: Atrás del Cuartel, Atrás de la Estación, Atrás del Hospital, Atrás de la Vía; 4º, *Los Fluviales*: Olimar, Yermal; 5º, *Los Botánicos*: Floresta y Paja; 6º, *Los Zoológicos*: Benteveo y Las Ranas. Y están los veintiséis de nuestro recuerdo. Había algunos naciendo, que hoy ya son mayores de edad.

\*

Si difícil era saber a partir de dónde se salía de un barrio para entrar al contiguo, casi imposible resultaba saber cuándo se pasaba del centro de la Ciudad a uno cualquiera de los barrios que la rodeaban, llegando en algunos casos hasta las propias barbas. Podrían establecerse los límites aproximados en las calles Pantaleón Artigas, Celedonio Rojas, Rivera y Juan Spikerman. Y eso, con el riesgo de incluir algún pedazo de los colindantes (Floresta, Hospital, Lavadero, Artigas, Plaza Colón, Tanco), dentro de ese rectángulo que sería el que, como se ve, no ocupaba el centro de la Ciudad. En algunos casos, ésta se ago-

# LOS BARRIOS

taba en un solo barrio después de la calle del cuadrilátero, como ocurría con el Yermal y el Tanco. En otros casos, se iba adosando por espacio de varios kilómetros, como hacia el Norte con La Floresta y el Veinticinco de Agosto; hacia el Este con La Cruz Alta, El Cementerio y El Benteveo; hacia el Sureste, con El Cuartel, Atrás del Cuartel, Al lado de la Vía y Atrás de la Vía; o hacia el Sur, con El Artigas, La Estación y Atrás de la Estación.

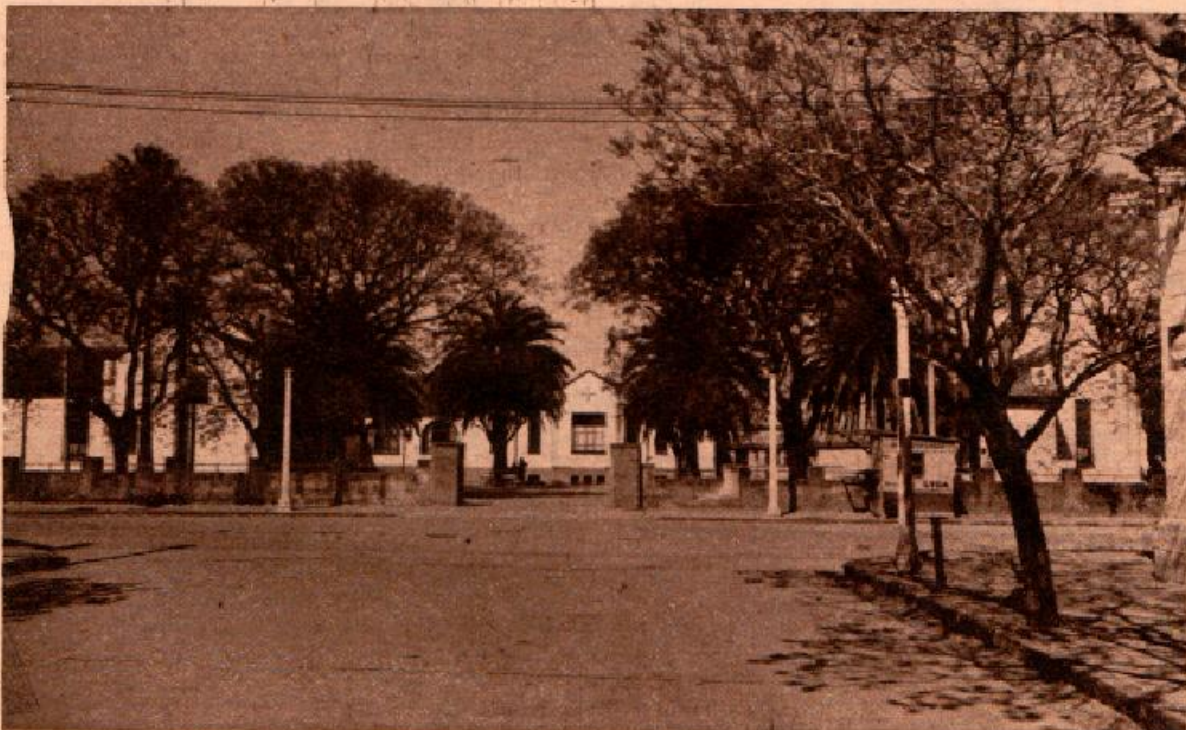
\*

Aparte del edificio público que a muchos les daba nombre, cada uno tenía su característica propia. Así, por ejemplo, el Tanco y el Veinticinco, humildes como eran, ostentaban el orgullo de poder sobresalir por encima de otros mucho más céntricos y con mentas de más pintorescos. Así, desde sus respectivos miradores se daban el lujo de tener por un lado la Ciudad a sus plantas, y por otro el de dominar los más extensos y variados panoramas de la campiña treintaitresina.

La Floresta tenía la Escuela al Aire Libre, obra social que no se conoce lo suficiente allá, que por entonces dirigía la señora Luzardo de Bilbao. Tenía también la

famosa Picada de Aroche, otro de esos rasgos fisonómicos de nuestro pueblo que se van perdiendo y que por suerte —junto a muchos otros— recogió Rubito Lena en su zamba La Uñera.

Entre los barrios Olano, Cuartel, Artigas y Lavadero, daban marco al por entonces tan inconfesable como inconfundible sector noctámbulo de la Ciudad. Varias cuerdas de baile corrido. Los jueves, sábados y domingos, con autorización policial; los lunas, martes, miércoles y viernes, sin autorización policial. Allí aprendimos a bailar los pelados de la época anterior a la fundación del Centro Democrático. Allí, al son del clarinete de Petrucelli, la guitarra de Bitica, la flauta de los mejores tiempos de Ansin, la acordeoncita, el violín, la guitarra y lo que cayera en las manos del viejito Cortiglia, por la noche, pues de día era pajareo; allá de cuando en cuando, alguna extra con los bandoneones de Ventimiglia, Figari, el Petiso García o el Pipo de León, o el violín de Beethoven Farrugia. Allí... bueno, allí pasaron tantos casos y cosas durante aquellos pocos años de vida a todo vapor, que no alcanzarían una noche, una guitarra, una media damajuana y todo el repertorio de Carlitos Gardel para evocarlos.



El Hospital de Treinta y Tres del Olimar, al que deben su nombre dos barrios: su homónimo y el Atrás del... (Foto De Grandi).



He aquí el edificio epónimo de dos populosos barrios: el del Cuartel y el Atrás del Cuartel. (Foto De Grandi).





Lo que va quedando (si ya queda) de aquella gran construcción que dio alojamiento a la Escuela Nº 25, entonces llamada "Dej altillo" y dirigida por doña Ema da Rosa. (Foto De Grandi)



Un aspecto de la actual fisonomía de la vieja Plaza Colón. (Foto De Grandi).

¡Y qué bueno sería evocarlos en rueda con todos aquellos cuyos nombres estamos pronunciando! Pero... aunque parezca un sueño, ya no podrían estar todos presentes.

El rasgo más notable del España, era la Escuela del Altillo, número 25, en la esquina de Basilio Araújo y José Enrique Rodó, uno de los dos o tres edificios de dos plantas en todo el pueblo de aquel tiempo. La dirigía doña Ema da Rosa, quien además ocupaba la casa habitación en compañía de su hermana Chicha, don Justino Lagreca, los siempre recordados Barón Lagreca y Elvirita da Rosa, el hoy Dr. Balbino, doña Agustina Fleitas y el entonces, hoy y siempre amigo don María Pío Baladán y Franco. Durante un año también nosotros supimos vivir, dormir y comer —bien, y demasiado barato para nuestros cuerpos y apetito de entonces— bajo aquel techo. Por Basilio Araújo y sobre la misma vereda, estaban las casas de don Tomás Berriel, don Felipe González y don Silvino Gallardo. En la vereda de enfrente estaba el gran edificio de la antigua panadería de Berriel, que ocupaban la familia de don Eufemio del Horno y el boliche de Doroteo Collazo, donde con Tito Berriel —el mejor arquero que tuvo el cuadro futbolístico del barrio— y algún otro, armábamos nuestras grandes ruedas de gurizotes malos estudiantes y barullentos, que vuelta a vuelta andaba don Doroteo desparramando.

Lo que ningún treintaitresino de la época que evocamos podría contemplar hoy sin que lo cargaran una profunda tristeza y unas ganas tremendas de pelear por la reconquista de su antigua fisonomía, es la fisonomía actual de la vieja Plaza Colón, a la que debe su nombre uno de los más lindos barrios de la Ciudad. No discutimos las razones urbanísticas o de cualquiera índole que la puedan haber determinado; pero ¡mire que da pena la desaparición de aquel hermoso monte de eucaliptos que la poblaban, la marginaban y le daban a la Avenida Brasil —vía de acceso a la Ciudad entrando por el puente viejo del Olimar— el magnífico aspecto de parque antiguo y monumental que antes lucía! ¡Mire que da lástima ver trocado el escenario alegre de hermosos cancheros, árboles, flores y toda clase de juegos juveniles, permanentemente poblado de muchachos, por la soledad que hoy lo inunda como un mar, en medio de cuyas olas emergen semejantes a naufragos absortos el Teatro de Verano y el Monumento a Dionisio Díaz.

Dos barrios que, aunque separados por no menos de dos kilómetros, parecían hermanos, eran La Paja y Las Ranas. Hermanos en la humildad de sus nombres; hermanos en la tristeza de sus rancheríos enterrados en sus barrizales y bostezando ne-grura; hermanos en el parecido de sus pobladores: hombres y mujeres de trabajo bruto, gurises panzones, chorreando mocos con las ualgas al aire; cuzqueríos barullentos, overeando de empeines y perrebas.

Barrio de gran movimiento de entrada y salida —semejante en su tiempo a lo que son hoy el Tanco, el Cruz Alta, el Cementerio y el Veinticinco— era el barrio Yerbal. Ostentaba entonces la única vía de acceso hacia la quinta sección por los caminos de la Totora, el Verde Alto, etc. y por sus confines cruzaba el camino de las tropas. Se notaban su progreso edilicio, su actividad, su prosperidad comercial. Bastó un día la construcción del nuevo puente so-

bre el Yerbal, para que aquel antiguo primer recibimiento del pueblo al viajero del Norte, con su tradicional calle de cina-cinas —que tan bellamente evocó Julio Macedo en un artículo— y de pitangueros y zucarrás, allá sobre el arroyo, quedara estancada para siempre. Quienes de niños llegamos muchas veces a Treinta y Tres del Olimar por aquella antigua v.a, no podemos menos que evocar melancólicamente la bonachona mansedumbre familiar con que nos recibía llegados junto a los nuestros en la vieja volante de Gadea, como si nos supiera nietos del abuelo a quien también había visto pasar a lo largo de años y años en una edad casi legendaria ya.

Del barrio del Cementerio, apenas si vamos a mentar de paso la más pintoresca fiesta lugareña que lo hizo famoso. Estamos nombrando las nunca bien ponderadas carreras que al costado de la "casa de todos", tenían lugar en trillos de cuatrocientos metros, marginadas por la más espesa, abigarrada, barullenta y timbera concurrencia que jamás pudiera imaginar el más pintado de los "burreros". Era una fiesta rural en casi plena ciudad, chilcal mediante. Allí alternaban el peludo de campo con el puro por cruza a galpón; la orquesta encabezada por el saxofón de Pedro Pérez, con el guitarrero de Puntas del Parao; el botín, el pantalón corrido y el cuello duro, con la bota, la bombacha y el pañuelo; el facón caponero con la daguita arrabalera; el agua florida con la creolina; la masa de confitería con la torta frita; el coñac francés con la caña "camorrera"; el truco con la escoba; el asado con cuero, con las ranas a la milanesa. ¡Qué fiestas, amigo! ¡Que tiempos! ¡Qué gente!...



Esto era y felizmente sigue siendo La Floresta. (Foto De Grandi).

Son las cuatro de la tarde soleada de un sábado, aquí en Montevideo. Lecmos en el almanaque, y confirmamos en un no sé qué del espíritu y en un sí sé qué de las sienas y la coronilla, que vivimos en el año 1960. Sin embargo, nos sobran esos tres puntos de apoyo —sábado, sol, media tarde— para dar un inmenso salto e ir a caer en el Treinta y Tres del Olimar de 1938.

La ciudad se extiende como una gigantesca mano cuya muñeca se apoya sobre el vértice de los dos ríos solariegos, y cuyo dedo mayor alcanza a tocar el puente del Paso Ancho. El aire es tan claro, que allá lejos puede percibirse el marco azul de los cerros de Gancho y de Lago. El silencio es tan puro, que desde el último rancho del Veinticinco, pueden oírse perfectamente las campanas del reloj de la Jefatura y de la

Iglesia, éstas todavía de bronce. Las horas son tan limpias, tan apacibles, tan gozosas, que se les pueden contar fácilmente y de a uno, los sesenta minutos. La gente es tan sencilla, que aún puede destinar la media tarde de un sábado de sol, a recorrer con un par de amigos los veintiséis barrios de Treinta y Tres del Olimar. ¡Y qué bien hace este paseo de kilómetros y kilómetros al tranquito displicente por las anchas calles polvorrientas y desparejas. Se vuelve a la casa con el alma llena de este sabor amargo —agri-dulce— que tiene nuestro pueblo viejo. Después, se vive con ese sabor. (Y retornando al punto desde donde dimos el salto)... hasta ahora, se vive...

Julio C. DA ROSA.

(Especial para EL DIA).



Costado de la Plaza de Deportes, centro del barrio Artigas. (Foto De Grandi).